



THE HORUS HERESY
SIEGE OF TERRA

EL PRIMER MURO

Gav Thorpe

minotauro

THE HORUS HERESY®
SIEGE OF TERRA

EL PRIMER MURO

Gav Thorpe

minotauro

Siege of Terra nº 03 El primer muro

Published by Black Library, 2019
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *The First Wall*

The First Wall, Siege of Terra nº 03 El primer muro, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2023
Imagen de cubierta: Neil Roberts

ISBN: 978-84-450-1718-0
Depósito legal: B. 20.717-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

UNO

El Señor del Hierro
Despedidas
Un honor restaurado

*El Sangre de Hierro, órbita cercana de Terra,
setenta horas antes del asalto*

La estática de la proyección hololítica molestaba a Perturabo y le provocaba una especie de dolor que una herida en su propia carne no podría hacerle. Cada mancha borrosa que mancillaba la imagen proyectada era un fracaso de la exploración topográfica, un espacio vacío en su conocimiento.

Su única compañía eran los seis autómatas de su Círculo de Hierro, colocados a intervalos regulares en torno a la periferia de aquella cámara octogonal. Estaban en pie, con los escudos alzados y las mazas inactivas, y el único movimiento que ejercían era el de sus lentes oculares, las cuales chirriaban y traqueteaban al seguir el paseo nervioso de su creador.

—Podría extrapolar las defensas que se me ocultan —pensó Perturabo en voz alta, ante sus guardaespaldas. El silencio sin preguntas de estos le proporcionaba un merecido respiro de las dudas y consultas incesantes que proferían sus subordinados últimamente—. Recuerdo a la perfección otras defensas creadas por Dorn, y, al extraer un patrón de esos recuerdos con lo que veo aquí, puedo llenar los huecos con un alto grado de precisión.

Se quedó mirando una proyección hololítica brillante que llenaba la mayor parte de su cámara de planificación a bordo del *Sangre de Hierro*, como si pudiera obligarla a ofrecer lo que ocultaba a base de fuerza de voluntad.

—La extrapolación no es un hecho —gruñó—. Hay demasiado en juego como para ponerme a conjeturar, por muy bien informadas que sean mis suposiciones.

Su mente, su genio bélico, era la llave que Horus necesitaba para abrir el palacio de su padre, pero necesitaba información tanto como un ejército requería de suministros.

Se metió en la proyección entre siseos y chirridos de su armadura enorme. Con la sombra destrozó secciones enteras del Sanctum Imperialis, según recorría la sala a grandes zancadas para examinar una zona en particular. Se agazapó y quedó delante de un defensor ficticio, plantado sobre el Muro Posterior.

El color amarillo de la legión de Dorn se esparcía por todas partes, aunque parecía más concentrado al noreste y al suroeste. El rojo de los Blood Angels era más intenso en el sureste, donde la Death Guard de Mortarion había lanzado un asalto hiriente, pero sin éxito, cerca de la Puerta Helios.

Los White Scars del Khan eran más difíciles de situar. Habían salido de las murallas para enfrentarse a Mortarion y apoyar a Sanguinius, pero, desde entonces, se les había visto en varias batallas al norte y al oeste de dicho ataque. La localización exacta de los propios primarcas era un factor a tener en cuenta, aunque imposible de determinar con un buen grado de certeza o de presteza.

Alzó los dedos de la mano izquierda en un gesto que hizo rotar la proyección a su alrededor, de modo que se colocó detrás de la muralla y quedó mirando hacia las Planicies Catabáticas que rodeaban el Palacio.

Las fuerzas del Señor de la Guerra se proyectaban de un modo más abstracto: series de runas, números y sigilos que indicaban el tipo de tropas, su fuerza, la estimación de la moral actual, la longevidad de su batalla y otra media docena de factores.

Y había más rasgos aún, esbozados con una nomenclatura que todavía estaba creando. Se trataba de las tropas de la disformidad, cuyos poderes acababa de ponerse a investigar. Demonios. Legionarios poseídos. Brujos de los Word Bearers y de los Thousand Sons.

Y sus hermanos. Unos torbellinos de conjunciones arcanas entre lo real y lo imaginario, con un pie en el mundo mortal y otro en el inmortal. Angron, tan decidido a demostrar su valía e incapaz de contener su ira, seguía enfrentándose a las defensas de Helios. Mortarion todavía no había intentado atravesar el escudo del Emperador en persona, sino que, bajo las órdenes de Horus, estaba redirigiendo sus esfuerzos al suroeste, donde atacaba un tramo de muralla de veinte kilómetros cerca del bastión de la Puerta Saturnina. Los Emperor's Children de Fulgrim, a quien Perturabo

consideraba el menos fiable de los tenientes de Horus, se habían estado enfrentando a los defensores del oeste y del norte sin lograr ningún avance.

De Magnus no había ni rastro, pero los comandantes de su legión se habían conformado con las tareas que les había asignado Perturabo y se habían sumado al frente suroeste de la ciudad, para apoyar el avance de la Death Guard.

Todos sus hermanos seguían enfrentándose a las murallas, retenidos por la última variable de toda la guerra, además de la más poderosa y enigmática.

El Emperador.

Había tantas preguntas que Perturabo no podía pensar en todas ellas, así que mucho menos responderlas. Cuestiones que se remontaban a décadas anteriores, estrategias y decisiones que había estado desmenuzando desde que se había encontrado frente a la presencia de su creador por primera vez.

Aun así, no le costaba nada desprenderse de la mayor parte de la incomodidad. Las preguntas sobre por qué su padre había actuado de un modo u otro, por qué había tratado a sus hijos como había hecho, ya eran irrelevantes. Lo único que debía preguntarse era cómo, y sabía que guardaba cierta relación con los poderes de la disformidad. Si Perturabo lograba deshacer dicha relación, podría derribar las protecciones psíquicas que mantenían a sus hermanos a raya.

—Los titanes —se recordó a sí mismo—. El Señor de la Guerra necesita a nuestros titanes para superar el asedio. Tiene razón: las máquinas de guerra de las Legios de nuestros enemigos son una fuerza que todavía no podemos contrarrestar.

Las placas reforzadas de su armadura ondearon con la luz proyectada cuando se echó atrás, y apretó y relajó los dedos conforme examinaba el Palacio una vez más.

—Solo puede ser en un lugar —sentenció, antes de hacer un gesto para ampliar la proyección en la parte central del Palacio, en la intersección de los dos grandes círculos formados por el Muro de la Eternidad y el Muro Posterior. Era tanto el punto más débil como el más fuerte de todo el complejo. Si caía, la ciudad-fortaleza entera sería vulnerable, solo que, al estar protegida por unas fortificaciones inmensas a ambos lados, cualquier enemigo que osara entrar perdería la vida.

»Pero, has dejado una llave en la cerradura, Rogal —continuó Perturabo. La proyección hololítica se acercó y parpadeó más estática, pues requería de datos no disponibles para mostrar aquel nivel de detalles. Aun así, el edificio que le llamó la atención se veía más que de sobra, ya que era tan alto que los muros y el Palacio que lo rodeaban parecían no ser nada más que modelos

a escala, por mucho que cada uno de ellos contara con diez kilómetros o más de altura. El señor de los Iron Warriors esbozó una mueca ante la falta de datos recientes—. El espaciopuerto de la Puerta del León. Prácticamente forma parte de la muralla en sí, como un cáncer en una arteria. Una incisión ahí y Horus podrá hacer entrar lo que le venga en gana en el Palacio.

Aun con todo, un fracaso podía salirles muy caro, y una victoria, tan solo un poco menos. El espaciopuerto de la Puerta del León era una fortaleza colosal en sí misma, una ciudad que perforaba la órbita y estaba protegida por escudos, cañones y cientos de miles de soldados.

—Tal vez un ataque contra la muralla sea lo más adecuado, al fin y al cabo —dijo, antes de pasar la vista de la proyección hacia el norte y echarse atrás para alcanzar a ver más partes del Palacio Imperial.

Ningún comandante que conservara su cordura se atrevería a intentar un asalto directo... Solo que él era Perturabo, el Martillo de Olympia, y no existía ningún muro capaz de resistir sus arremetidas, ni siquiera las defensas del Mundo del Trono del Emperador, organizadas por Rogal Dorn. Lo ponían a prueba por todas partes, pero el mayor desafío al que debía enfrentarse era el que estaba tallado en piedra, en armas y campos de fuerza en las montañas del Himalazia. Solo había dos resultados posibles: o bien la voluntad de Dorn prevalecía o el genio de Perturabo la superaba. Aquel iba a ser su legado, el triunfo que ningún otro ser iba a poder arrebatarse.

Si para lograrlo tenía que sacrificar hasta el último guerrero de su legión, estaba dispuesto a pagar el precio.

Colmena Addaba, Áfrik, ciento siete días antes del asalto.

Los silbatos estridentes y agudos de los oficiales le aceleraron el pulso a Zenobi, con una mezcla de emoción y recelo. A su alrededor, el grupo de reclutas se dirigía a toda prisa hacia las puertas de la estación de tránsito, en proceso de abrirse, pero ella se resistió a la tentación y se quedó quieta, pues todavía no le habían pedido que sucumbiera ante la marea y emprendiera el viaje que estaba a punto de comenzar.

El sol brillaba, como siempre, y relucía visto desde la fortaleza central que era la Colmena Addaba, el único hogar que había conocido en sus diecisiete años de vida. El campo de transportes sobresalía del flanco del enorme montículo de la ciudad, unos cuatrocientos metros más arriba de las planicies colindantes. Por encima, decenas de plataformas de aterrizaje y más pasarelas de lanzaderas acogían un constante flujo de embarcaciones que iban y venían del cielo casi sin nubes, y que formaban una fila doble al este.

No era una situación muy distinta a la de cualquier otro día, pues Addaba siempre había sido una ciudad industrial encerrada por el desierto, con un hambre y una sed de descensos orbitales voraz, debido al producto transportado desde las lejanas hidrogranjas. A cambio, el resultado de las decenas de fábricas inmensas del lugar se llevaba a los espaciopuertos y más allá.

Así había sido hasta cuatro días antes del décimo cumpleaños de Zenobi, cuando recibieron órdenes de detener los tractores coloniales y los transportes del grano, vertido a miles desde las líneas de producción de Addaba.

Tanques. El Emperador necesitaba tanques y Addaba iba a producirse los.

Junto con ese cambio de propósito habían llegado los primeros rumores. La Gran Cruzada había despertado a un enemigo ancestral que se dirigía hacia Terra. Habían descubierto una especie de xenos desconocida. Unos traidores de entre las Legiones Astartes le habían dado la espalda al Emperador. Cada rumor parecía menos creíble que el anterior.

Entonces los primeros equipos de observadores de los Imperial Fists habían llegado para supervisar la nueva producción, con lo cual los rumores habían muerto a manos de un hecho de lo más sencillo de entender. El Señor de la Guerra Horus era un traidor. Terra tenía que prepararse para la invasión.

Con eso, proporcionaron a las fábricas las Plantillas Estándar para construir transportes blindados Rhino y sus variantes, y Addaba se sumó a la campaña bélica.

Siete años.

A algunos, la guerra podría haberles parecido una entidad lejana, pero en Addaba era una realidad tan cruda como inmediata. Las dinastías de las fábricas habían servido al Emperador desde hacía numerosas generaciones, y sus vasallos habían trabajado para ellos en los terrenos de producción. Aunque nacida de padres trabajadores de rango bajo, Zenobi se había beneficiado de la scholasta, donde aprendió a leer, escribir y llevar a cabo operaciones matemáticas, unas habilidades que hacía tan solo veinte años habían sido un privilegio reservado solo para los miembros de la aristocracia fabril.

Se había imaginado que iba a ser piloto de lanzaderas. No quería salir de Terra, ni siquiera de Addaba, pero sí quería pasar un tiempo alejada de sus fábricas.

—Esfuézate con las matemáticas, Zenobi —le habían dicho, y sí que se había esforzado. De hecho, se había esforzado tanto que en ocasiones le dolía la cabeza de tantos números y ecuaciones, pues sus estudios estaban al menos dos años por delante del resto del grupo de enseñanza.

Todo aquello había llegado a su fin cuando dictaron la orden de fabricar tanques. El Emperador necesitaba vehículos de combate blindados, no

pilotos de lanzaderas. Y, para cumplir con Sus exigencias, hacían falta todas las manos capaces del lugar.

Zenobi llevó la mirada hacia las grandes chimeneas que se alzaban desde los niveles inferiores de la colmena. Inactivas. Addaba siempre había sido un lugar cubierto de una polución grasienta, y la base de sus planicies había estado manchada con los colores del arcoíris, mientras el aire de encima relucía por los gases y el humo de las fábricas.

—Se hace raro, ¿verdad? —Reconoció la voz de Menber, su primo, aunque no se volvió hacia él—. Demasiado tranquilo.

—Demasiado muerto.

—Todavía no. Digamos que todo se ha ido a dormir. —Menber le apoyó una mano en el hombro, pero Zenobi se negaba a apartar la mirada de su hogar.

Los turnos de catorce horas habían sido demasiado para los niños, y ni siquiera el Emperador era tan exigente. Ocho horas al día habían correspondido a Zenobi hasta que había cumplido los catorce años, momento en el que los turnos habían pasado a ser de diez horas. Tras su decimoctavo cumpleaños, para el que faltaban nueve meses, habría tenido que cumplir con turnos de adulto. La llegada inminente de Horus se lo había ahorrado.

Addaba ya no exportaba los productos de sus fábricas, sino a sus propios habitantes. Millones de ellos se habían marchado del lugar durante los últimos días.

—¿Por qué no nos entrenaron para conducir los tanques que fabricamos? —quiso saber Zenobi, volviéndose hacia su primo al fin, antes de coger su petate y su pistola láser—. Podríamos haber combatido con ellos.

—Habría estado bien —respondió Menber, con una sonrisa de oreja a oreja. Si bien era más alto que Zenobi, como la gran mayoría de los hombres, compartía su complexión delgada y su rostro redondeado. Tenía la piel marcada por unas cicatrices de un brote de gripe del óxido que había sufrido de pequeño, de modo que las mejillas parecían estar moteadas de un tono marrón más claro.

—¿Para qué se iban a molestar? —Los dos se dieron media vuelta ante la voz y se encontraron con la capitana Egwu cerca de ellos, con los brazos cruzados y dándose golpecitos en el hombro con su porra. Pese a que ellos llevaban sus monos de fábrica color marrón claro, decorados desde hacía poco con las placas del regimiento, la compañía y el pelotón (que indicaban que pertenecían al Pelotón Épsilon, de la Primera Compañía de las 64.^{as} Tropas de Defensa de Addaba), Yennu Egwu vestía un uniforme elegante de color azul marino, con sus rizos oscuros recogidos en un

moño apretado que permitía que un sombrero de pico dorado reposara sobre su abundante cabello.

—Supervis... ¡Capitana! —la saludó Menber, juntando los talones. Zenobi se llevó la mano al pecho un segundo más tarde, con la mirada clavada en el ferrocemento que tenía a los pies.

—Mírame, soldado Adedeji.

Zenobi devolvió la mirada a los ojos oscuros de la capitana.

—Has formulado una pregunta. ¿Quieres la respuesta?

—Sí..., capitana.

Egwu dio un golpecito con la punta de su porra contra el costado de la pistola láser de Zenobi.

—Aprender a conducir un tanque conlleva tiempo, soldado. Rogal Dorn, en su eterna sabiduría, concluyó que lo más sensato era que dedicáramos tiempo a fabricarlos, en lugar de aprender a usarlos. Otras personas, servidores y ayudantes de colmenas lejanas no pudieron contribuir nada a la campaña bélica, por lo que su tiempo estaba mejor empleado aprendiendo a ser conductores de tanques, pilotos de naves o artilleros.

—Lo entiendo, capitana.

—Se os ha dado una formación de infantería básica, una pistola láser y suficientes cápsulas de energía como para efectuar trescientos disparos. Nos llevará varios días llegar hasta donde nos han destinado y desconocemos cuándo se nos pedirá que nos enfrentemos al enemigo. Hasta entonces, practicarás cada día y mejorarás tu puntería, tus habilidades de combate cuerpo a cuerpo y tus conocimientos tácticos.

—Espero con ansias poder mejorar, capitana, para combatir por la causa.

—Lo sé, Zenobi. —Una sonrisa nada común llegó a los labios gruesos de la capitana—. Los Adedeji fuisteis de los primeros en comprometeros con nuestros esfuerzos. Vuestro trabajo incansable en la cadena de montaje se valora en gran medida, y estoy segura de que os esforzaréis el doble en el campo de batalla.

Observó a los dos antes de desviar la mirada hacia la masa de humanos que avanzaba poco a poco a través de las puertas de la estación de tránsito. Los cuatro rotores de unos helitransportes enormes resonaban más alto que el murmullo de diez mil conversaciones a la vez, por amortiguados que estuvieran por el kilómetro que los separaba del grupo y de la zona de aterrizaje principal. Unas embarcaciones delgadas alzaban el vuelo, y su zona de estacionamiento se veía ocupada tan solo unos segundos más tarde por un flujo constante de helitransportes que descendían.

—Parece increíble, ¿verdad? —continuó Egwu—. En algún otro lugar, una colmena como la nuestra pasa los días fabricando transportes como estos. Por toda Terra, hasta la parte más insignificante se dedica a la tarea en general según su capacidad y el ingenio de Rogal Dorn.

—Por la voluntad del Emperador —añadió Menber.

—Por Su voluntad nos entregamos a nuestras tareas; bien dicho —dijo Egwu—. Dorn ha sido la mano, pero Él es el pensamiento que lo ha puesto todo en marcha, el señor que nos ha dado órdenes durante toda la vida.

—A nosotros y a nuestros antepasados, capitana —dijo Zenobi—. Ya hace mucho que las forjas de Addaba arden por la gloria del Emperador y por la conquista de Su dominio.

—Y ahora combatimos para proteger lo que es nuestro —añadió la capitana.

Se quedaron en silencio, y Zenobi reflexionó sobre la andadura que estaba a punto de emprender. Aquella movilización confirmaba que Horus estaba en camino. Corría el rumor de que las tropas del Señor de la Guerra ya habían alcanzado las defensas exteriores del Sistema Solar y que los defensores del Emperador los habían repelido. Aquel hecho había provocado un aumento del ritmo de reclutamiento entre los trabajadores, conforme el momento de la verdad se acercaba cada vez más.

—¿Crees que volveremos a ver Addaba? —Menber pronunció la pregunta que había estado rondado por la mente de Zenobi.

—No creo —repuso Egwu con brusquedad, cruzándose de brazos una vez más—. Incluso si algunos de nosotros sobrevivimos, lo que se nos viene encima nos cambiará la vida y transformará el planeta entero. Es el final de una era, pero también el comienzo de una época más próspera.

Aquella idea animó a Zenobi, quien asintió y dio un paso adelante, con unas ganas renovadas que la alentaban a dirigirse a los transportes.

—Un segundo, soldado Adedeji. —La paró Egwu, con la porra extendida. La capitana se dio media vuelta y le hizo un ademán a su equipo, cuyos miembros aguardaban a pocos metros de distancia. Okoye se apartó de los demás, con una larga asta cubierta por un tubo de tela—. Esto es para ti.

Zenobi se quedó con los ojos como platos al ver que el teniente le presentaba el estandarte.

—Los colores de la compañía —le explicó Egwu. Menber se echó a reír y le dio una palmada en el hombro a Zenobi.

—¡Felicidades, prima! Vas a portar nuestros colores.

Zenobi se quedó mirando el estandarte antes de devolverle la mirada a la capitana.

—Cógelo... —le dijo ella.

La soldado se echó la pistola láser al hombro y aceptó el estandarte que le ofrecían. Notó la suavidad de aquella asta ligera al sostenerla, así como el peso de la tela enrollada bajo la lona sin decoración. Llevó una mano hacia la cubierta, pero Okoye la sujetó de la muñeca con una mirada de advertencia.

—Todavía no —le dijo, y le apartó la mano.

—Te confío nuestros colores, Zenobi, porque sé que puedo —le explicó Egwu, tras ponerle una mano en el brazo—. Es un honor y una responsabilidad. Si caes, otro lo portará, pero tu deber y tu privilegio es no perder el estandarte. En ningún momento.

La mirada de la capitana fue de tal intensidad que, por un instante, Zenobi tuvo miedo: miedo de no ser digna del honor, de no dar la talla. El estandarte, como muchos otros que sacaban de la colmena, lo habían fabricado las tribus sendafanas en sus propios talleres.

Los líderes del Imperio no habían creído necesario concederle colores a la mayoría de los regimientos nuevos. ¿De qué les iba a servir el orgullo marcial a los ayudantes y notarios que habían reclutado? Por muchos mensajes que indicaran a todos los ciudadanos de Terra que debían estar preparados para cometer el mayor sacrificio de todos, el significado era obvio: algunos sacrificios eran más de esperar que otros.

Acarició la lona que ocultaba la tela del estandarte, como si pudiera notar las puntadas que contenía, y, a través de ellas, las horas de esfuerzo que habían dedicado a fabricarlo. Días enteros de trabajo. Días racionados entre los turnos en la cadena de montaje en la que se partían el lomo. Días agazapados junto a lúmenes de contrabando y hogueras, cosiendo con dedos cansados e hilo y distintos materiales que habían ido encontrando entre turnos de trabajo, pues ni siquiera la lana se había librado de las auditorías voraces que exigía la campaña bélica del Emperador.

Tal vez Egwu captó parte de las dudas presentes en su expresión, pues aferró el brazo de Zenobi con más fuerza.

—Tú sabes mejor que nadie por qué debemos luchar. Nuestro futuro depende de lo que hagamos a continuación. Tu familia, tu tribu, el pueblo de Addaba y el resto de la humanidad seguirán tu ejemplo. Confío en ti, soldado Adedeji. Tú también deberías confiar en ti misma.

—Eso haré, capitana. —Zenobi cambió de posición el estandarte y lo sostuvo en la curva del brazo izquierdo con su pistola láser, de modo que pudiera alzar la mano para dedicarle un saludo a la oficial—. Gracias. Te juro que no te fallaré a ti ni a nuestro pueblo.